

Dios “no aflige ni entristece voluntariamente a los hijos de los hombres”.

Nuestras tristezas no brotan de la tierra. Dios “no aflige ni entristece voluntariamente a los hijos de los hombres”. Cuando él permite que suframos pruebas y aflicciones, es “para lo que nos es provechoso, para que participemos de su santidad”. Si la recibimos con fe, la prueba que parece tan amarga y difícil de soportar resultará una bendición. El golpe cruel que marchita los gozos terrenales nos hará dirigir los ojos al cielo.

El Discurso Maestro de Jesucristo. Brookfield, Illinois: Pacific Ediciones Interamericanas, 1956, p. 14.4 (Capítulo: Las Bienaventuranzas, párrafo 9).